

dad?... Vamos; deje usted esos temores, que jamás debieran asaltarla, y tenga usted la bondad de mandar que me dispongan el almuerzo, porque me siento ya con apetito.

—¿De veras?—preguntó la anciana muy contenta de ver a Leopoldo tomar un aire jovial.

—Sí—contestó el artista, fingiendo, para disimular, una alegría que estaba muy lejos de sentir—; he pensado que es mejor dar alimento al estómago, que penas al corazón.

—¡Ah!... Esa resolución me devuelve la vida.

—Sí; vaya usted, madre mía, vaya usted; y, entretanto, voy a dar algunos toques a este retrato.

Y Leopoldo cogió la paleta y los pinceles, y se puso delante del caballete en ademán de pintar.

—Hasta luego, hijo mío.

—Hasta luego, querida madre.

La anciana dirigió una mirada tierna a su hijo y se fue llena de placer, por el cambio que creía operado en el corazón de Leopoldo.

Este, al verse solo, arrojó de sí la paleta y los pinceles; quedó un momento con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en actitud meditabunda; exhaló un suspiro, y se dejó caer sobre la silla que poco antes había ocupado al lado de la mesa.

—¡Soy un mal hijo!—exclamó luego con acento severo—. Un mal hijo, que no teme exponer la vida que debiera conservar, la de la amorosa mujer que no tiene en el mundo más apoyo que el mío... ¡Mi muerte causará la suya!... ¡Si triunfo, me veré precisado a abandonarla para huir con el remordimiento de haber matado a un hombre, y salvarme de la justicia!... ¡Oh! ¡Qué horrible situación!... Y, sin embargo, yo no puedo prescindir de acudir a ese funesto duelo, donde, vencedor o vencido, causaré la desdicha de mi pobre madre!... Conozco que el desafío es un crimen, una costumbre bárbara, indigna de nuestro siglo, heredada de los tiempos de la Edad Media; un asesinato muchas veces premeditado, en que el hombre, confiando en la destreza de las armas, adquirida acaso con intención criminal, provoca a su rival para matarle impunemente; un acto contrario a las máximas de nuestra augusta religión... Sí; todo esto lo conozco; pero todo lo arrostró antes que ninguno pueda atribuir a cobardía mi falta de asistencia. ¡Perdóname, madre mía, este tributo que pago a las preocupaciones de la sociedad!

Y Leopoldo, abrumado con el peso de sus reflexiones, colocó el codo sobre la mesa, y apoyó su sien sobre el dorso

de la mano, permaneciendo largo rato en esta actitud meditabunda.

De repente oyó que llamaban a la puerta que daba al corredor, y levantó la cabeza, pero sin despegar los labios.

Los golpes volvieron a sonar.

El artista, sin moverse de su asiento, respondió:

—Adelante aquel que sea.

Entonces se abrió un poco la puerta, y asomando apenas algo de su rostro un hombre por ella, exclamó:

—De vestir tuvo la idea
a un Adán un buen vestido;
si no se halla arrepentido,
adelante aquel que sea.

Al oír estas palabras el joven pintor, se levantó de su asiento como tocado por un resorte mágico, y corrió a abrir la puerta.

—¡El mendigo!—exclamó transportado de gozo, abrazando al hombre que se presentó a sus ojos.

—¡Don Leopoldo!—dijo a su vez el que había llamado, dejando ver en su sencillo rostro pintados el contento y el placer.

Un hombre bien vestido que había venido siguiendo al pordiosero, a quien por casualidad encontró en la calle, exclamó, al verle entrar en el estudio del pintor:

—No me cabe duda; es el limosnero que se fingió borracho en San Angel, la noche en que tropecé con él; el mismo que después escaló la azotea, a quien luego herí, y lo creía ya muerto. El se sorprendió la noche aquella al verme... ¡Ah! Es preciso que yo averigüe la verdad... Tal vez le conduce a este sitio algún misterio.

Y se detuvo detrás de la puerta, para ver si podía enterarse de lo que dentro hablaban.

CAPITULO XVI

Una prueba de esgrima

No habrá extrañado al lector que Leopoldo recibiese con un abrazo al triste pordiosero, cuando esperaba ver deshecha por él la niebla de la calumnia que por tanto tiempo había empañado la honra de su desgraciado padre, y destruído

el único inconveniente que había opuesto hasta entonces el protector de Clotilde a su anhelado enlace.

Cuando en medio de la horrorosa tormenta el bajel se estrella, el náufrago, por elevada que sea su cuna y grandes sus riquezas, se abraza a la sucia tabla a que va asido el último de los marineros, al cual mira como su salvador.

En los grandes peligros y trabajos se unen los hombres fraternalmente, sin cuidarse del nacimiento del otro ni de la posición que ocupa en la sociedad. El peligro común es el mejor nivelador de la humanidad. En esos críticos momentos, el que domina, al que todos obedecen espontánea y ciegamente, el que se constituye en rey, no es el que ostenta más bienes de fortuna y más títulos de nobleza, sino el dotado de más talento, de más valor y de más capacidad.

Esto, con respecto a los hombres vanos y orgullosos; pues los de recto juicio, de instrucción y virtud, en cuyo número debemos contar a nuestro artista, nunca juzgan de los demás por el traje más o menos deslumbrante, sino por la capacidad y las virtudes, sin que desdeñen jamás la compañía de los menos acomodados.

Leopoldo ofreció una silla al recién llegado, y ambos se sentaron junto a la mesa.

El hombre que había ido siguiendo al pordiosero, y que tenía entreabierta un poco la puerta, se sorprendió de aquella deferencia.

El mendigo reveló, en la manera de tomar la silla, en la graciosa inclinación de cabeza y en el movimiento de la mano, suplicando a Leopoldo que se dignase tomar asiento antes que él, y en el modo de sentarse en aquélla, principios no vulgares, que no se escaparon a la vista perspicaz del amante de Clotilde.

—Había perdido la esperanza de tener la dicha de verle a usted otra vez—dijo Leopoldo, dejando ver en su semblante la alegría que acompaña al que mira desvanecer de repente los temores de una irreparable desgracia.

—¿Tan poca fe tiene usted en mi palabra?

—La tuve hasta que vi expirar el plazo de los tres días puesto por usted para nuestra entrevista.

—Y porque me creyó usted muerto.

—Tiene usted razón. Había corrido la noticia de que habían matado a usted la noche última que nos vimos en San Angel.

—Me encontré, en efecto, en los umbrales del sepulcro. ¿No se lo están diciendo mi amarillento rostro y mis desfallecidos miembros?

—¡Ah! ¿Por qué no se dignó usted avisarme para que yo hubiese volado al instante a verle?

—Porque nunca creí que aquélla sería mi última hora.

—¿Es posible?

—Sí, don Leopoldo; tenía el convencimiento de que Dios, que nunca deja impunes los delitos, me había escogido de instrumento para hacer triunfar y castigar el crimen.

El hombre que escuchaba se estremeció.

—¡Oh!... Sus palabras de usted me vuelven la vida...—dijo Leopoldo—; hacen renacer la esperanza que casi había huído de mi afligido corazón.

—Nunca la debe perder un buen cristiano, por grandes que sean los contratiempos que le sobrevengan.

—Sí; tiene usted razón.

—Yo le prometí a usted hace dos meses, descubrir el secreto que atañe a su buen nombre, y no podía permitir, quien por tan extraños caminos me condujo hasta usted, abandonarme en el instante preciso.

—Y ¿viene usted dispuesto ahora a cumplir su promesa?

—Es el principal objeto que me guía a esta casa.

—¡Ah!... ¡Gracias! Hable usted, que ya escucho.

—Antes será preciso que moleste la atención de usted hablando de mí mismo, por estar enlazada mi humilde persona con el acontecimiento que voy a poner en conocimiento de usted.

—Tendré sumo placer en conocer al hombre que, bajo el miserable traje de mendigo, descubre ser una persona de esmerada educación y de nobles sentimientos.

—Gracias por la buena opinión que se ha formado usted de mí; usted, después de que se haya dignado oírme, tendrá los datos suficientes para juzgar con acierto de si es o no justa su bondadosa calificación.

—Bien; le suplico a usted que no retarde el principio de su, para mí, interesante historia.

—Mi nombre es Francisco Núñez. Nací en esta capital, de padres ricos y bien relacionados; hice mis primeros estudios en el Colegio de San Juan de Letrán, y después de haber cursado tercer año de filosofía, di una vuelta por Europa, instruyéndome en las ciencias exactas, en la literatura, en la esgrima, en la música y en la pintura. De regreso a mi patria, seguí cultivando todo lo que había aprendido, viviendo tranquilo y feliz, sin temor a los vaivenes de la instable fortuna. Pero tal vez cuando menos creía en las evoluciones de ésta, fué cuando empezó a dar principio a la cadena de desgracias que se fueron eslabonando hasta

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L. I.

operar un cambio completo en nuestra posición. Mi padre, aunque nunca había tomado parte en las revoluciones que han agitado al país, se vió acusado de conspirador, y sin permitirle que se defendiera del injusto cargo que se le hacía, salió desterrado a Veracruz. Mi pobre madre quedó inconsolable, y mucho más cuando al mes de haber llegado su esposo a aquel puerto, recibimos la fatal noticia de haber muerto atacado del vómito.

»Al año de esta desgracia tuvimos otra, también lamentable. Una casa extranjera, en que mi padre tenía colocada la mayor parte de su capital, se presentó en quiebra, y lo poco que pudimos recoger, lo fuimos gastando poco a poco, hasta quedarnos reducidos a la miseria.

»Yo veía a mi pobre madre consumirse de tristeza; había dejado de visitar a sus antiguas amigas por no poder presentarse con el lujo a que estaba acostumbrada. Entonces la propuse que pasásemos a Guadalajara, donde yo me destinaría ventajosamente en alguna casa de comercio, por poseer el inglés y el francés y estar instruído en la teneduría de los libros. Aceptó mi proposición, y pasamos a aquella ciudad, donde, en efecto, conseguí una excelente colocación en uno de los principales almacenes, en casa de don Manuel Turón.

»Apreciado por mi principal, con un sueldo que bastaba a una vida tranquila y moderada, sin más aspiraciones que la de hacer feliz a mi buena madre, que era todo mi amor y el blanco de todos mis afanes, yo era muy venturoso al verla contenta y satisfecha de mí, cuando una mañana se presentó en el almacén un hombre bien presentado, de larga barba, con unas libranzas giradas por don Emilio Landeta.

El que escuchaba aplicó el oído y contuvo la respiración para no perder ni una palabra.

—¿Del padre de Clotilde?—preguntó Leopoldo.

—Sí, señor.

—¡Ah!... Continúe usted.

—Le pregunté cómo se llamaba, y me dijo: «Ignacio Cabrera, como ya sabrá usted por una carta-aviso que debió recibir la casa de parte del señor Landeta». «¡Ah!... Sí, es verdad, le contesté, y le presenté las libranzas al principal, que las pagó en el tiempo señalado en ellas.»

—¡Treinta mil pesos!

—Precisamente la cantidad que tenía a su favor en la casa el señor Landeta.

—¡Pobre padre mío!

—Inmediatamente escribimos a don Emilio, dándole aviso

de haber satisfecho la cantidad, que desde aquel momento quedaba cargada en cuenta.

—Y entonces fué cuando, sorprendido el señor Landeta, escribió a mi padre, con quien llevaba relaciones de comercio, pidiéndole explicaciones sobre el particular. Mi padre le contestó que estaba ignorante de aquel acontecimiento, y pasó a Guadalajara para verse con el dueño del almacén y adquirir noticias sobre el hombre que se había presentado bajo su nombre.

—Yo fuí el primero que hablé con él a su llegada, que le enseñé la carta-aviso del señor Landeta y la firma del fingido Cabrera, que había imitado perfectamente la letra de ambos; la del primero, en la carta, y la de su padre de usted al firmar las libranzas.

—Y sin embargo de haberse probado que ambas letras eran falsificadas, condenaron a mi padre juzgándole cómplice y director de aquella infernal trama que le llevó al sepulcro; todos le creyeron culpable.

—Menos yo, que desde que le vi presentarse en nuestro almacén, haciendo un viaje por la posta, pagar la cantidad que había sido sustraída por un falsificador, informarse minuciosamente de sus señas y dar todos los pasos para encontrar al criminal, me persuadí de su honradez y sinceridad.

—Sí; un hombre que satisface la cantidad que otro ha robado en su nombre para no perjudicar al que ha sido sorprendido, sabiendo que no por esto dejará de padecer su reputación; un hombre que vende hasta los bienes de su mujer para pagar lo que nunca quitó a nadie, y muere en la miseria, agobiado por la vergüenza de que le señalen como falsificador, no puede ser sino dechado de honradez y de virtud.

—Sin duda alguna.

—Pero, a pesar de todos sus sacrificios, la sociedad, pocas veces justa con el desgraciado, dijo que su miseria era fingida; proyecto para persuadir de su inocencia al señor Landeta, y que éste, conmovido por su aparente desgracia, le devolviese la suma mencionada.

—Sí; ésta fué la interpretación dada a su rasgo de delicadeza.

En los labios del que escuchaba se dejó ver una sonrisa de satisfacción.

—Su desgracia fué no haber encontrado jamás a ese hombre, cuyas señas tenía apuntadas en su cartera. Pero tenga usted la bondad de continuar.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CATEDRA ATENSIÓN
U. A. N. L. I.

—Después de este funesto contratiempo, seguí en la casa por algún tiempo, hasta que, enfermándose mi madre, y diciendo los médicos que solamente en México podría aliviarse, la traje a esta ciudad, donde tuve el sentimiento de perderla, después de haber hecho gastos considerables para mi escasa fortuna. Entonces, viéndome sólo, y no encontrándome con carácter a propósito para servir a nadie, eché mano de lo que había aprendido en mi próspera suerte, y me dediqué a dar lecciones de piano.

»Entre mis discípulas encontré una que interesó vivamente mi corazón. Era huérfana, y estaba encomendada a una familia bastante bien acomodada; le expresé los tiernos sentimientos que me había inspirado, y pronto tuve el gusto de ver que era correspondido; pero la fortuna se había declarado contra mí, y un día, la noche anterior dispuesta para mi casamiento, estando de visita en casa de una amiga íntima, desapareció, sin que nadie haya vuelto a saber de ella, y dejándome entregado a la desesperación.

—¡Cómo!... Y ¿no se informaron ustedes?

—Sí; pero nada pudimos aclarar... Sólo supimos que una mujer había ido por ella; que llamó a la puerta, y que diciendo al portero que avisase a mi novia que bajase al instante, porque había ocurrido en su casa un contratiempo, bajó la joven, subió sin reflexionar en un coche que esperaba en la calle, dentro del cual estaba la fingida criada, y que partiendo el carruaje, desapareció.

—Ese fué, sin duda, algún plan trazado por alguno que la amaba y que no halló otro medio de conseguir sus favores, que robándola.

—Desesperado, agobiado por el dolor, dominado por una tristeza que me consumía, sin gusto y sin placer, perdidas todas las bellas ilusiones que hasta entonces habían hecho mi felicidad, empecé a ver con indiferencia cuanto me rodeaba; abandoné mis lecciones, arrojé lejos de mí los libros y me entregué al detestable vicio de la embriaguez, procurando entorpecer mis potencias con el licor, embotando del todo para matar el pensamiento; y empezando por hacer un sacrificio por entrar en el vicio, acabé por entregarme completamente a él.

—¡Qué desgracia!

—¡Así viví mientras me duró el poco dinero que había podido ahorrar con mis lecciones! Después, habiéndose formado del vicio una necesidad imperiosa, despótica, imprescindible, empecé a molestar a mis antiguos amigos pidiéndoles prestado, hasta que viendo que todos me huían, per-

dido el pundonor y la delicadeza, me dirigí a los extraños sin sonrojarme al pedirles, dominado por el vicio fatal que se había arraigado en mí profundamente. Una noche, marchando en el estado más deplorable de embriaguez hacia mi habitación, que no era más que un miserable cuarto bajo una casa de vecindad, situada en uno de los barrios más retirados, pasó junto a mí un hombre; alcé los ojos para pedirle limosna, y me quedé sorprendido al ver que aquél era...

—¿Quién?

—El falsificador de las libranzas.

A la sonrisa de satisfacción sucedió en el rostro del hombre que había seguido al mendigo, las señales del temor.

—¡El supuesto Cabrera!...

—El mismo, en cuerpo y alma.

—¿Es posible?

—Sin duda alguna.

—Y ¿qué hizo usted?

—Quise seguirle para saber dónde vivía; pero no pudiendo sostenerme, y tropezando con una piedra, caí al suelo, sin poderme parar por mí mismo.

—¡Qué fatalidad!

El que escuchaba respiró con libertad.

—Entonces maldije la fatal pasión de que me había dejado dominar, y juré no volverme a embriagar en mi vida, puesto que por aquella causa me encontraba imposibilitado de arrancar la careta a un malvado que había sumido en la miseria a una familia honrada.

—Y ¿cumplió usted esa promesa?

—Hasta hoy.

—Habrán usted tenido que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

—Inauditos. Pero no por esto logré conquistar el aprecio de la sociedad. Busqué lecciones, pero nadie creyó prudente confiar la educación de sus hijos a un hombre que había vivido entregado a los excesos de la bebida, y tenían razón; no les culpo por esto. Igual cosa me sucedió en el comercio; y viéndome sin ropa y sin calzado, hambriento y necesitado, continué pidiendo limosna, pero no para emplearla en la embriaguez, como hasta entonces, sino para procurarme alimento solamente, valiéndome para conseguirlo, de improvisar versos satíricos y punzantes epigramas.

—¿Y no ha vuelto usted después a encontrar a ese hombre?

—Sí.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. 11

- ¿Hace mucho?—preguntó con ansiedad Leopoldo.
 —El mismo día que conocí a usted en San Angel.
 —¿Es posible?
 —Cierto.
 —¿Después que salí del baile?
 —Pocos momentos después.
 —¿Cómo fué?
 —Yo me había quedado durmiendo en la calle, cuando tropezó conmigo un transeunte, cayendo sobre mí; despierto sobresaltado, me mira con enojo, yo clavo en él la vista para reprenderle, y me encuentro con el falsificador.
 —Continúe usted.
 —Yo arrojé un grito de sorpresa; él, sobresaltado, me preguntó si le conocía; y fingiendo yo entonces una embriaguez que estaba muy lejos de tener, le contesté que sí.
 —¡Qué imprudencia!
 —Al contrario; esa era la manera de desorientarle en caso de que mi exclamación hubiera despertado alguna sospecha.
 —¡No me he engañado!...—dijo para sí el que observaba—.
 ¡Oh!... Es preciso ser más cauto en lo sucesivo.
 —¡Comó!—exclamó Leopoldo, dirigiéndose a su amigo.
 —Le dije que le conocía porque le había visto pintado en la pulquería de los Beodos, en Guadalajara.
 —Comprendo.
 —Tranquilo con esta contestación, y considerándome dominado por el licor, se alejó tranquilamente, sin hacerme caso; yo me levanté en el acto, y le fui siguiendo a regular distancia, para no ser visto. Después de haber atravesado algunas calles, llegó a una casa retirada, llamó, y le abrieron la puerta con mil precauciones. Entonces traté de averiguar la verdad, y resuelto a conseguir mi objeto, traté de subir, agarrado a las rejas de las ventanas, a la azotea, para descender por ella a las piezas interiores.
 —Atrevido pensameinto.
 —Pero no bien había conseguido llegar arriba, cuando me veo acometido por un enorme perro de presa; a sus ladridos se pusieron en movimiento los que dentro de la casa estaban, y temiendo caer en sus manos, arrojé al perro el capote que llevaba, y descendiendo a la calle en el momento en que disparaban dos tiros, uno de los cuales vino a herirme en el pecho. Caí al suelo, y permanecí tendido largo rato. Después oí abrir la puerta de la casa, salir de ella una litera que se detuvo enfrente, y sacar algunos caballos. Esto despertó mi ansiedad por descubrir algo, y animado

- por este deseo, me arrastré sobre la tierra hasta acercarme, por detrás de unos árboles, a la espalda del edificio. Estando observando desde allí, vi que sacaban a un hombre, al cual, al ordenarle que entrase en la litera y subir en ella, se le cayó al suelo un cuaderno, en quien nadie reparó. Cuando se dispusieron a echar a andar, el falsificador, a quien yo había ido siguiendo, se despidió de cinco hombres y una mujer, que iban custodiando al de la litera, y se encaminó solo hacia el pueblo. Yo, al verme sin que me observara, hice esfuerzos poderosos para llegar, arrastrándome, hasta donde estaba el cuaderno; apoderado de él, después de mil ansias y mortíferas fatigas, y sintiendo que me abandonaban las fuerzas, lo guardé en el bolsillo, y poco después quedé sin sentido. Al volver en mí me encontré en el hospital, donde he permanecido hasta hace dos días.
 —¿Y el cuaderno?
 —Lo traigo siempre conmigo, por ser un documento irrecusable de la criminalidad del hombre que se valió del nombre de su padre de usted y de la inocencia de éste.
 La inquietud, el espanto y el terror se pintaron en el semblante del que permanecía detrás de la puerta.
 —¿Es posible?
 —Nada hay más cierto. Yo tenía antes de eso otra prueba; pero veo que la más eficaz es la que se desprende de lo escrito en ese cuaderno.
 —¡Ah! ¿No tiene usted la bondad de enseñármelo?
 —Con mucho gusto, aquí está—dijo el mendigo, sacando del mugriento bolsillo un cuaderno manuscrito, salpicado con algunas manchas de sangre.
 Leopoldo leyó con avidez algunas hojas, dejando ver en su fisonomía retratados la sorpresa y el placer.
 —¡Oh!... Sí, aquí está todo—exclamó luego con acento conmovido—. Aquí se ve patentemente la inocencia de mi padre y la crueldad de ese infame.
 —Y ¿usted conoce—preguntó el mendigo con curiosidad— a esa señora doña Inés de que se habla ahí?
 —Sí.
 —¿Quién es?
 —La protectora de Clotilde.
 —¿La hermana del señor Landeta?
 —La misma.
 —¿Cómo lo sabe usted?
 —Porque conozco parte de su historia.
 —¡Oh!... Ahora doy gracias a la Providencia de haber re-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N. L. I.
 CAPILLA ATONSIÑA

cibido este balazo que fué causa de que cayera en mis manos tan precioso documento.

—Documento que suplico a usted que se digne entregar lo más pronto posible a esa excelente señora, a quien llenará de júbilo su lectura, contándole, al mismo tiempo, la manera providencial con que ha llegado a poder de usted.

—Lo haré hoy mismo. Pero, ¿con qué ropa me presento? Los criados no me permitirán pasar en este traje.

—¿No ha cumplido usted religiosamente la promesa que me hizo, de descubrir el misterio que encubría la verdad con respecto a la honra de mi padre?

—Estoy en esa creencia.

—Pues ahora me falta a mí cumplir con la mía.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Se acuerda usted que le prometí en San Angel un vestido?

—Lo recuerdo bien.

—Pues hace unos días que lo mandé hacer expresamente para usted, y que le espera ahí dentro. Voy por él; tenga usted la bondad de esperarme un instante, y de dispensarme el que le deje solo.

Leopoldo entró en el cuarto contiguo, lleno de contento; animado con la esperanza de hacer brillar la inocencia de su padre.

El hombre que escuchaba pareció inspirado por una idea satánica, y dijo interiormente:

—Es preciso que ese cuaderno no llegue a manos de Landeta.

Y desapareció.

El mendigo, entretanto, se puso a mirar los cuadros; después empezó a examinar los objetos que estaban en desordenada confusión en la mesa, y ya se disponía a dirigir la vista hacia el caballete, cuando se fijaron, por casualidad, sus ojos en la tarjeta que estaba al lado de la caja de pinturas.

—¡Qué veo!...—exclamó asombrado—. ¡Una tarjeta doblada por las tres puntas y con el nombre de Duval!... ¡Un desafío!... ¡Ah! ¡Veamos en qué punto y a qué hora!...

Dió vuelta a la tarjeta al decir esto, y vió escrito por detrás, con lápiz, y con fecha del día anterior, las siguientes palabras: «Mañana, a la oración, en la calzada de la Piedad».

En aquel momento oyó ruido; volvió a dejar la tarjeta en el mismo sitio, y se puso a mirar los cuadros, para no dar a entender que sabía lo que pasaba.

—Aquí está el traje—dijo Leopoldo, presentándole una excelente levita, ricos pantalones, finísima camisa, medias, calzoncillos y pañuelo para él bolsillo, todo enteramente nuevo—; lo mandé hacer teniendo presente su estatura; tenga usted la bondad de entrar en este gabinetito, que es mi sala de armas, y de ponérselo para ver si ha quedado bien. Se me olvidaba decirle a usted que en los bolsillos del chaleco he puesto el dinero que es indispensable lleve una persona bien presentada.

—Pero éste es un obsequio demasiado costoso para usted, que yo no me atrevo a admitir.

—Entonces me obligará usted a que renuncie a la dicha de hacer patente la inocencia de mi padre; a que no admita yo el beneficio con que usted me brinda.

—¡Cómo!

—A no dudar. Si usted se niega a recibir el corto obsequio que le ofrece un verdadero amigo, me condenará usted al tormento de continuar viviendo con un apellido difamado.

—Siendo así, no titubeo en aceptar.

—Muy bien; entre usted en esta piecicita, que, como le he dicho antes, es mi sala de armas.

Y Leopoldo abrió una puerta que estaba como embutida en la pared, tapada con un gran cuadro.

—Ahí encontrará usted—añadió—, peines, agua, pomada y todo lo necesario para acicalarse.

Y mientras el mendigo se vestía y componía, el joven pintor devoraba el cuaderno que aun tenía en su poder.

No pasaron muchos minutos sin que el primero saliera completamente transformado.

Leopoldo mismo le miró con sorpresa. Se había vestido con tanta gracia, llevaba con tal soltura la ropa, que sintió hacia él cierto respeto, que coartó en algo la franqueza con que le trató cuando vestía el traje de mendigo.

Y lo que le sucedía a Leopoldo, les sucede a todos los hombres del mundo.

El vestido imprime carácter, por decirlo así, rodea a la persona de cierta dignidad, le comunica no sé qué de nobleza y dignidad, que nos obliga a guardarle consideraciones, que en vano trataría de alcanzar envuelto en miserables andrajos.

El vestido es la carta de recomendación que predispone en favor del que algo solicita.

Y lo que nos sucede a nosotros respecto al cambio de opinión que formamos del individuo al verle presentarse bien, le acontece al individuo para con nosotros al mudar de traje:

parece que al despojarse de su mal ropaje, y envolverse en otro nuevo, bien cortado y elegante, desaparece el motivo de vergüenza y cortedad que le alejaba de la sociedad, y que de tímido y retraído, le convierte en comunicativo, afable y atento.

Esto les sucedía a nuestros dos personajes. El mendigo, al mirarse al espejo y verse con aquel elegante traje, se creyó transportado a otros tiempos; sintió despertar en su alma los sentimientos de honor y dignidad que habían estado adormecidos por el vicio; se sintió rehabilitado de los nobles afectos que le habían inculcado en la niñez, y en que se había educado; pensó que su amorosa madre le contemplaba desde el cielo henchida de placer al verle volver al sendero de la virtud, y reanimado con esta grata y dulce memoria, se presentó, satisfecho de sí mismo, al joven artista, que, como he dicho, le miró con respeto y admiración.

Entonces pudo Leopoldo contemplar detenidamente la gracia de su simpática fisonomía pálida por los padecimientos y la miseria, pero llena de expresión y de dulzura; observar la angelical mirada de sus bellos ojos azules y tranquilos; la brillantez de su blondo y largo cabello peinado con un gusto exquisito, y los movimientos finos y naturales de su cuerpo suelto y bien formado.

—Aquí me tiene usted, gracias a su generosidad, transformado en otro hombre—dijo el mendigo con una naturalidad y franqueza encantadoras, al salir del gabinete.

—El brillante de alto precio es el mismo—contestó el pintor—, sólo que ahora lleva un adorno más digno de su mérito.

El favorecido iba a contestar a aquella galantería; pero la vista de la tarjeta con que volvieron a encontrarse sus ojos, le obligó a dar nuevo giro a la conversación.

Amaba a Leopoldo como a un amigo; veía en él la víctima de una calumnia contra su padre; un joven de cualidades recomendables, que se había portado noble y generosamente con él, y tembló por su vida.

Quiso persuadirse del peligro más o menos evidente que corría en aquel desafío a que le había provocado Duval, y al que sin duda acudiría, y le preguntó, manifestando una simple curiosidad:

—Veo que tiene usted todos los aperos necesarios para la esgrima. ¿Es usted buen tirador?

—No me considero de los de primera fuerza; pero tampoco me creo de los últimos.

—Eso me hace creer que tira usted muy bien.

—¿En qué se funda usted para creerlo?

—En la modestia de los artistas.

—Pues ahora me parece no haber pecado de modesto.

—Fácil me sería probarle a usted lo contrario.

—¿Cómo?

—Ya dije a usted antes que aprendí a tirar la espada.

—Sí; es verdad.

—Pues bien; yo menos modesto que usted, me he tenido siempre por uno de los más diestros, y quisiera tener el placer de probar si es usted más fuerte que yo.

Leopoldo vió, en aquella invitación, que creyó casual, una oportunidad favorable para ejercitarse un momento y estar más dispuesto para el duelo a que estaba provocado, y contestó:

—No tengo inconveniente en complacer a usted.

—En ese caso, entremos, si le parece a usted, a la sala de armas.

—Corriente.

Leopoldo dió un florete a su amigo, y él tomó otro; cubriéronse los rostros con las caretas de alambre; se pusieron en guardia el uno frente al otro, y a poco empezaron a dirigirse diferentes estocadas.

El joven artista tiraba bastante bien, y acometía y paraba los golpes con acierto y maestría; pero desde los primeros golpes conoció que su contrario le llevaba una ventaja inmensa.

—Una—dijo el mendigo, dándole en el pecho una estocada a su competidor.

—¿Ve usted—le contestó éste siguiendo combatiendo—cómo no le engañé a usted?

—No; usted tira bien, pero ya le dije a usted que me precio de figurar en primera línea.

—Y con justicia—exclamó Leopoldo, parando con mil trabajos los continuados golpes de su contrario, cuyo florete era un molinete que amenazaba a un tiempo a todas partes.

—Dos—volvió a decir el mendigo, acertándole otra—. Ahora, cúidese usted, porque le voy a desarmar.

El artista se previno; pero cuando más seguro se creía, vió escapársele el florete de la mano y volar a gran distancia.

—Es preciso evitar que se bata—dijo el mendigo interiormente—. Si le hubiese visto más fuerte que yo, le hubiera dejado ir, pero ahora...

La presencia de la madre del artista, que se presentó di-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CATILIA ALONSO

ciendo que ya estaba el almuerzo, interrumpió al mendigo en sus reflexiones.

Leopoldo obligó a su nuevo amigo a que almorzase con él, y después de haber concluido, le dijo, viendo que se preparaba a marchar:

—No se olvide usted de poner en manos de Inés el precioso manuscrito.

El mendigo se fué, prometiendo satisfacer su deseo, y repitió para sí en la calle:

—Es preciso evitar que se bata.

A los pocos instantes salió el artista y se dirigió a la casa de Rafael, para invitarle a que le sirviese de padrino. No le encontró, y le dejó una tarjeta con las puntas dobladas en los dos lados opuestos, que equivalía a decirle: «necesito veros pronto; buscadme en mi casa».

Hecho esto, volvió a su habitación, entró a su estudio y se puso a contemplar tristemente el retrato de su adorada Clotilde.

—¡Tal vez lo veo por la última vez!—exclamó conmovido—. ¡Oh! El aspecto de la muerte no me intimida; mi corazón está sereno y mi mano no tiembla; pero mi alma está triste con los recuerdos de la mujer que amo, y a quien no puedo decirle ni siquiera adiós...

Y quedó abatido con este pensamiento.

Amar, ir a perder la vida por el objeto amado y no poder antes estrecharla contra su pecho, ni escuchar su dulcísima voz, es la mayor de las penas que pueden oprimir el corazón del hombre que ama con todas las veras de su alma.

Leopoldo amaba, y amaba de esta manera. Para él, Clotilde era la suprema dicha, la celestial mujer que el Eterno había formado para realizar el bello ideal que se había presentado a su imaginación en sus ensueños de amor y de ventura. Por una sonrisa, por una palabra de amor, por una sola mirada tierna y compasiva, enviada por ella en aquellos solemnes momentos en que temía no volverla a ver jamás, hubiera perdido con placer, no una, sino mil vidas.

Tenía, es verdad, allí, el excelente retrato del ángel que adoraba; pero aquélla era una imagen fría, muda, insensible, que no comprendía su dolor; indiferente a sus lágrimas, cuyos labios permanecían cerrados a sus sentidas palabras; que escuchaba con desgarradora indiferencia los suspiros que exhala el corazón al reventar de pena; cuyos ojos permanecían quietos, tranquilos y serenos, cuando él exigía de ellos esa mirada intensa, de profunda pasión, en que

expresa el alma la celestial ternura, los afectos tiernos, el cariño incommensurable en que bebe el amado las inefables delicias de la eterna gloria.

Querer hallar el consuelo a la aflicción, la dulce correspondencia a sus afectos, la compasión y la ternura en el callado retrato del sér que idolatramos, es buscar el viajero de los helados polos calor para sus ateridos miembros en los rayos del sol ejecutados sobre un lienzo.

Leopoldo conoció entonces la impotencia de los hombres que adquieren inmortal renombre en la tierra. Vió la infinita distancia que había de la obra de la naturaleza a la suya, meditada y detenida, y se avergonzó de la vanidad y miseria de los mortales, de los aplausos que prodigan al hombre cuando miran con indiferencia las inimitables obras del Eterno.

Nunca se convenció más de su pequeñez, que en aquellos momentos en que no podía comunicar a su obra celebrada, a su obra maestra, a la obra concebida y ejecutada bajo la creadora influencia del amor, la vida, la voz, el sentimiento del alma.

Las horas, entre tanto, habían pasado con indecible rapidez.

Leopoldo miró el reloj, y palideció.

—Falta media hora—dijo para sí—, y Rafael no parece. Duval ya estará allí... ¡Allí!... No quiero que atribuya mi tardanza a cobardía; no, jamás; iré, aunque sea sin padrino.

Y Leopoldo entró a su sala de armas; tomó dos espadas; se puso la capa; se embozó en ella para tapar las armas; besó con delirio el retrato de Clotilde; envió una tierna mirada hacia el cuarto en que dejaba a su anciana madre y se disponía a salir, cuando ésta salió al estudio.

—¿Vas a salir, hijo mío?

—Sí, querida madre; tengo precisión de despachar un asunto.

—Pero volverás pronto, ¿no es verdad?

—Sí..., lo más pronto posible.

—Ya sabes que cuando sales de noche estoy inquieta, y no descanso hasta que no vuelves, pues no hay seguridad en tiempo de revueltas. ¡Temo tanto que te suceda alguna desgracia! ¡Qué sería de mí si me privasen de tu apoyo!

—¡Madre mía! ¡Madre mía!—exclamó Leopoldo enternecido, no pudiendo resistir a la emoción que causaron en él aquellas palabras—. ¿Por qué abriga usted siempre esas tristes ideas?

—Porque te amo, Leopoldo, porque te amo. Pero tú eres

un buen hijo, que nunca te haces esperar. Vete, pues, y vuelve pronto para hacer compañía a tu inconsolable madre.

—¡Adiós, madre mía!—dijo Leopoldo abrazando con profunda emoción a aquella amorosa anciana, que no tenía en el mundo más apoyo que el suyo—. ¡Adiós!

—¿Qué tienes, Leopoldo?—exclamó la anciana, viendo en el rostro de su adorado hijo impreso el sentimiento del dolor—. ¿Por qué me abrazas de esa manera, como si empuerdiessés un largo viaje?

—No lo sé, madre mía, no lo sé; pero, ¡la amo a usted tanto en este momento!...

Y a los ojos del joven se agolparon las lágrimas.

La anciana le estrechó contra su pecho henchida de ternura.

Leopoldo conoció que le hacía mal el prolongar aquella escena, y se desprendió de los brazos de su bondadosa madre, imprimiendo un beso en su frente.

—¡Adiós, adiós!...—dijo con voz ahogada por los sollozos que se agolpaban a su garganta, y salió de la habitación con el corazón desgarrado de dolor. Al bajar la escalera se encontró con Rafael, que acudía al llamamiento de la tarjeta.

—¿Para qué me has llamado?—le preguntó el que llegaba.

—Te lo contaré por el camino—contestó Leopoldo, apoyándose en su brazo y saliendo con él a la calle.

En seguida se dirigieron al sitio en que estaban los coches de alquiler; subieron en uno, y se dirigieron hacia el lugar en que debía verificarse el desaffo.

CAPITULO XVII

Dos historias

—Dice usted, señor Flan, que dentro de tres días podrá entregarme los efectos que deseo.

—Dentro de tres días, sin falta, señor Duval; tengo carta de Veracruz anunciándome la salida de ellos, y sé, a no dudar, que estarán aquí en el plazo dicho.

—Muy bien; lo deseo para surtir abundantemente mis tiendas de Guanajuato y León.

—Debe usted vender mucho en ellas, a juzgar por las considerables compras que hace usted en mi almacén, pues no bajan al mes de cinco mil duros.

—Sí; los encargados que están al frente de mis negociaciones tienen relaciones con las principales poblaciones del interior, y hacen, por lo mismo, un gran comercio con ellas.

—Me alegro mucho, y le agradezco a usted la preferencia que da usted a mi almacén sobre todos los demás de la ciudad para sus compras.

—Veo que hasta ahora me han salido excelentes las mercancías y no hago más que corresponder a la buena fe de usted.

—Mil gracias.

—Pero, hablando de otra cosa; me han dicho que ha tomado usted bajo su protección a una prima de don Félix, llamada Soledad.

—Es cierto.

—¡Hola! ¿Conque no me han engañado?

—Han dicho la verdad. Pero, ¿quién le ha contado a usted eso?

—Una señora que suele venir de vez en cuando a casa a vender chucherías a mis criadas; una mercachifle o «mercadela», como aquí dicen, llamada doña Anita, viuda, según ella, de un general de brigada, y que fué vecina de esa joven.

—Pues no le ha engañado a usted; vivía sola, atendida a lo poco que ganaba su primo don Félix, a quien quedó encomendada a la muerte de su pobre madre, y quise recomendar los servicios de mi fiel dependiente, tendiéndole una mano protectora.

—Y ¿no se le ha pasado a usted por la mente—dijo sonriendo Duval—, que la mano del protector se convierta en mano de esposo?

—Hombre, al principio, confieso que mi idea fué desinteresada y franca; pero cuando la he tratado, cuando he tenido proporción de poder admirar su talento, su virtud y su hermosura, no he dejado de pensar en ello.

—Si se parece en cualidades a su primo, la elección no podía ser más acertada.

—Creo que está dotada de las mismas.

—Habla usted con tanto entusiasmo de esa joven, querido Flan, que me parece que pronto pertenecerá usted al gremio de los casados.

—No será difícil; estoy cansado ya de amas de gobierno y de vivir solo; soy joven aún; mi posición social es bastante buena para hacer la felicidad de una mujer virtuosa. Soy de aquellos hombres que creen que la mejor dote que